



Guía de lectura

LA EMPERATRIZ DEL NUEVO MUNDO IRENE DISCHE



narrativa
salamandra

Penguin **Club de lectura**

IRENE DISCHE, UNA AUTORA SINGULAR Y UNA PODEROSA VOZ NARRATIVA

Nacida en el seno de una familia de inmigrantes austríaco-germánicos judíos, Irene Dische (Nueva York, 1952) fue la primera escritora no alemana en ser galardonada con el prestigioso premio de la Unión de Críticos Alemanes. Fue descubierta por el poeta y ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger, con quien colaboró en la revista *Transatlantik*, dando el salto al mundo editorial con *Mentiras piadosas* (1989), que tiene muchos elementos en común con *La emperatriz del nuevo mundo*, la novela que casi dos décadas más tarde la consolidó como una figura relevante de la escena literaria internacional. Su estilo afilado, directo, y por momentos ácido, logró el aplauso de la crítica. Pero la ironía y el descarado retrato de ciertas facetas rayanas en el patetismo de los judíos de posguerra que emigraron a Nueva York levantaron ampollas en algunos sectores, que llegaron a tacharla de antisemita. Con una fuerza cautivadora, Elisabeth Rother, la narradora y protagonista de *La emperatriz del nuevo mundo*, se retrata con cada palabra desde el inicio y sabe imprimir a su discurso una viva tensión narrativa:

Mucho de lo que se fue al traste en las generaciones que siguieron a la mía (*kaput*, como dicen los norteamericanos) puede achacarse al semen del pobre Carl. Había sacrificado su hombría con heroísmo; los

detalles, más adelante. A raíz de eso, engendró un único vástago. Y, para colmo, del sexo equivocado.

Seguimos intentando tener otro. Carl se plantaba dentro de mí y se metía en faena. Trabajaba con ahínco, jadeando y sudando, no era ningún haragán. Al acabar, yo me quedaba boca arriba con las piernas en alto y unía los pies en ademán de oración.

Es esta primera persona la que permite a Irene Dische abordar gran parte de la historia del siglo XX con una libertad absoluta: la que le concede esta mujer alemana, aristocrática y aria, pero casada con un médico judío (obligado por ella a convertirse a la fe católica). Situarse en esa doble posición convierte a Elisabeth a la vez en vencedora y vencida, papeles que sabrá realizar a lo largo de su vida sin sentirse jamás derrotada. Desde la posición altiva que adopta, como si hablara desde un púlpito, Elisabeth es como una diosa intolerante que juzga su mundo viéndolo desde arriba y culpa a los demás de sus propios errores. Y lo hace con una gracia deliciosa que nos permite acompañarla en este viaje al fondo de sí misma. Mientras, la autora se permite avanzar en su nítida disección de los judíos alemanes de posguerra con su ya conocida feroz ironía, y en su propia autobiografía quitándose de en medio.

LA EMPERATRIZ DEL NUEVO MUNDO, UN LIBRO DE CULTO

Publicada originalmente en Alemania en 2005, *La emperatriz del nuevo mundo* no es sólo un relato original y brillante sobre la vida en Estados Unidos de quienes tuvieron que escapar del terror nazi, sino también un tragicómico caleidoscopio sobre la relación entre abuelas, madres e hijas. Un retrato del siglo xx que Hans Magnus Enzensberger calificó como «divertido, sorprendente y sobrecogedor». El excepcional modo de contar su historia y la de su familia convierten a la emperatriz que es Elisabeth Rother en un personaje único, una mujer asombrosamente abierta y llana cuando toca temas relativos a la sexualidad. Teniendo en cuenta la época y su educación, esos pasajes demuestran el grado de intimidad con el que se confiesa al hacer balance de lo que ha vivido a través de sus carnes y las de sus vástagos.

Esa frescura, unida a la prosa incisiva y mordaz de Dische, y del poderoso discurso que articula en torno al retrato de la inmigración llegada a la Nueva York de la posguerra y a la nueva forma de vida nacida tras la Segunda Guerra Mundial, han convertido *La emperatriz del nuevo mundo* en una novela de culto. Se trata de un testimonio desenfundado de una potencia arrebatadora que aborda con valentía el complejo terreno de la identidad judía, la vida en Nueva York de toda una generación que huyó del nazismo, la supervivencia y la persecución del sueño americano —también sus trampas— y el papel de las mujeres en la sociedad. Pero también es una carta de amor honesta y conmovedora sobre el cariño de madres e hijas sustentado por un difícil equilibrio en esa línea que separa unas generaciones de otras. Una comedia inteligentísima que avanza hasta dar con un inesperado tono de redención.

SINOPSIS

Elisabeth Rother va a escribir sus memorias y no piensa morderse la lengua. Tomada la decisión, comienza su relato por un momento íntimo que la definirá a lo largo de su historia: la vez en que cerró las piernas ante su marido, Carl Rother, arguyendo que no parecía posible volver a tener un hijo y que no es de buen cristiano fornicar sin ese objetivo claro, un argumento que con el paso de los años reconocerá como excusa ante su falta de ganas. Una decisión que toma cuando ya tiene una hija, Renate Dische (el apellido de su primer marido), quien se convertirá en una médica forense de carácter incorregible.

A pesar de todo lo que ha vivido Elisabeth desde su infancia en una ciudad alemana de provincias hasta la ruptura con la tradición familiar ultracatólica para casarse con un cirujano judío, el ascenso del nazismo durante los años treinta y su huida forzada a Nueva York, en el centro de sus preocupaciones siempre ha estado su hija Renate (Dische) y, después, también su nieta, Irene (Dische), la díscola, rebelde y difícilísima joven que acabará vagabundeando por el mundo. Son estas dos mujeres a las que ama profundamente y a las que teme más que a nada en el mundo las que vertebran su relato como

protagonistas de la historia, dejando en un lugar secundario a su esposo, los maridos de Renate, su nieto Carl e incluso su propio padre.

Son las mujeres las que defienden la categoría de una familia; a los hombres les falta entereza. Las mujeres deben mantenerlos a raya, incluida la línea sucesoria. Aprendí eso de mi abuela: me inculcó que mi presencia debía bastar para que los hombres se llevaran inconscientemente las manos a los pantalones y comprobaran que no se habían dejado la bragueta abierta; yo tenía apenas siete años. A las mujeres las preparaban para elegir con buen ojo a sus esposos.

Enfermera del ejército durante la Primera Guerra Mundial, Elisabeth conoció a su marido durante una operación en un hospital de campaña. El cirujano Carl Rother era un judío de la Alta Silesia y ella una católica alemana de familia aristocrática, pero... le permitió el privilegio de casarse con ella si accedía a abrazar su fe. Y Carl lo hizo con devoción.

«Frau Professor Doktor» Rother, como a Elisabeth le gusta que la conozcan, es la emperatriz que da título a la novela, un detalle que también la retrata a la per-

fección. Es su esposo quien la bautiza así, una vez que ambos están instalados en Nueva York y cuando ella le prohíbe alistarse en el ejército estadounidense tras el ataque a Pearl Harbor: ya han estado suficiente tiempo separados desde que él tuvo que huir de Alemania hasta que ha logrado hallar acomodo y trabajo en Weehawken (Nueva Jersey). Elisabeth no está dispuesta a lidiar de nuevo sola contra todas las adversidades —rechaza ese papel en segundo plano reservado a las mujeres en épocas de guerra— ni a que su empeño de ser la esposa del «médico alemán», aunque sea en el exilio, se vaya por el desagüe, como todas sus posesiones tras la huida.

Ser ciudadana estadounidense significaba mucho para mí. Me compré un vestido para la ocasión, de color azul celeste, con un lazo rojo en el cuello. Me puse mis mejores joyas: el anillo con el blasón de la familia Lassaulx, la gargantilla de oro de mi bisabuela, y llevé conmigo el rosario de mi madre. Y me puse la mano en el lado izquierdo del pecho, como manda la costumbre, aunque sabía que el corazón está en el medio. [...] Más adelante, ese juramento sería una de las muchas manzanas de la discordia con mi nieta.

La necesidad de volver a ascender en el escalafón social y de adaptarse a su nueva patria, donde su anterior estilo de vida choca constantemente con el del mundo estadounidense, marcan estos años de posguerra. Elisabeth no es como los demás, ella ha llegado a la conquista de un mundo menos civilizado proveniente de

la aristocracia, esa cadena de personas que, según su definición, transmiten el sentido de los valores, con cautela, para que no se pierda nada de generación en generación.

Esta reina hipocondríaca, que de tanto en tanto anuncia que ha llegado el año de su muerte, logrará todos sus propósitos, incluso adelgazar contra toda esperanza tras haber engullido galletas de mantequilla con desesperación para tragar tantas píldoras amargas: los celos provocados por una vecina que parece cuidar mucho de su marido, las quiebras económicas, el repudio por ser judíos, el rechazo por ser alemanes, la decisión de Renate de casarse con un judío exasperante y eterno aspirante al Nobel, el trabajo de su hija —una espléndida científica— en la morgue y, por encima de todo, la actitud de su nieta Irene. Una chica salvaje y díscola que será alcanzada de pleno por los movimientos contraculturales y sociales de los sesenta y que es la cara y la cruz de su abuela.

Le botaban los pechos porque se negaba a usar sujetador. Ella sabía muy bien que, si perseveraba en ese desatino, el cuerpo, abandonado a su suerte, colgaría por todas partes como el de una africana. Yankee [nombre que adopta Irene en su época *hippie*] había visto el aspecto de un cuerpo cuando envejecía, porque yo me había ofrecido a enseñárselo. Me quitó la ropa antes de darme un baño, la llamé y le dije que entrara y le dije: «¡Mira!», riéndome de buena gana al ver en lo que se había convertido mi carne. La fuerza de la gravedad era un enemigo imbatible...

UNA SAGA MATRIARCAL Y UNA FALSA AUTOBIOGRAFÍA

Aunque inspirada en personas y sucesos reales, *La emperatriz del nuevo mundo* es, como advierte la autora, una ficción, y Elisabeth Rother «no debe explicaciones a nadie por su interpretación de los acontecimientos». Basta conocer un poco la biografía de Irene Dische para saber que la fuerza de su narrativa y la singularidad de su voz casan a la perfección con el carácter del personaje homónimo de la novela: una mujer inteligente, imaginativa, con una personalidad arrolladora... Cada faceta de la Irene Dische ficticia es un reflejo de la autora, que entrelaza las vidas de la abuela (narradora), madre e hija de la novela en una suerte de autobiografía ficticia en la que la Irene Dische real se somete a la mirada inquisitorial de su abuela ficticia.

Porque este pequeño y truculento relato concierne a mi nieta, a los cómo y los porqués de su existencia, una especie de «confesión sincera» que he decidido escribir para ella, porque ha alcanzado un punto en el que se siente tan sola como en el vacío. Sola con su conciencia. Lleva mucho peso a cuestas. La culpa no es enteramente suya. Tuvo unos modelos terribles: su madre y su padre. Y carecía, por naturaleza, de una moral sólida. La verdad, los peores ingredientes de la genética de la familia cayeron todos en el plato de Irene.

La emperatriz Elisabeth Rother no conoce tabúes, y suelta su lengua como un látigo que sacude los cimientos más tradicionales del matrimonio, del sexo, de

la cuestión judía, de la inmigración, de Dios y de todo lo que se interponga en su peculiar visión del mundo. Una mujer poderosa y ególatra que, pese a todo, despierta una especial simpatía en el lector, en gran parte por su amabilidad y el arrojo que demuestra cuando se enfrenta a situaciones peligrosas, como reírse de la Gestapo.

Mi rutina había cambiado ligeramente. Cada mañana, después de desayunar, me daba un enérgico paseo hasta la oficina de la Gestapo y les preguntaba si ese día querían verme. Así les ahorrraba la molestia de que vinieran a llamar a mi puerta a horas intempestivas.

Con todo, lo que realmente le preocupa a esta abuela son sus descendientes femeninas, en el fondo tan parecidas a ella, como reconoce en numerosas ocasiones a lo largo de su historia. En el caso de Irene, además, muestra a una joven ingobernable y temerosa que reclama su lugar en el olimpo de ese matriarcado. Esto es lo que opina Elisabeth Rother sobre su hija Renate:

Mi nieta imposible nunca entendería nada de esto. Es impensable para alguien que ha vivido tan consentida, con una madre que la idolatraba, un padre respetado por todos en sociedad, aunque fuera judío y no tuviera modales, y una infancia echada a perder por los errores que cometió Renate. Primero mi hija

repitió el mío, al casarse con un judío, y luego añadió otros errores, el más flagrante de todos, casarse con un segundo judío, y después, como si no bastara, con un tercero. Más adelante hablaré de eso, con todo lujo de detalles.

Y esto sobre su nieta Irene:

Temo que mi nieta Irene haya salido a mí en el carácter. La diferencia entre nosotras es que yo siempre he luchado contra mi naturaleza intentando ser buena, mientras que ella no le ve ningún sentido. Me explayaré luego en eso.

Las mujeres de esta novela son las protagonistas: en torno a ellas gira el mundo, de ellas dependen los hombres que las acompañan y son ellas, poderosas y rebeldes, las que defienden el papel central de las mujeres en una sociedad que sigue siendo eminentemente patriarcal.

Una vez que un hombre llega a los sesenta, el recuerdo de su plenitud se inflama en un ardiente deseo por recuperarla, y hasta la pérdida de sus padres le duele sobre todo como un indicio de su propio declive. Quiere juventud con todos sus aderezos, incluidos unos padres robustos, y una esposa joven, y unos hijos pequeños e impresionables. El autoritarismo y el desprecio hacia el sexo opuesto, en su misma franja de edad, crece. La agitación se hace crónica. Únicamente le calmará la carne joven. [...] A las mujeres, bien lo sabía, el realismo las mantiene a flote.

CÓMO SON ELLAS

ELISABETH ROTHER. La abuela es una alemana orgullosa de sus orígenes germanos y aristocráticos. De joven era hermosísima, como una diosa de espesa cabellera rubia: «... nariz cincelada, ojos azules, imponentes como planetas, y labios de una perfección casi etérea», se describe a sí misma. Se sabe una mujer fuerte y capaz de mantener a los hombres a raya, como le han inculcado. Conservadora y católica, desprecia a los judíos —no los odia—, más por una cuestión estética y aristocrática: le disgustan sus grandes narices y ese mal gusto en torno a la avaricia y la ostentación de la riqueza. Mujer valiente, firme en sus convicciones y amante de los suyos y sus familiares, por quienes es capaz de cualquier cosa, incluso de poner en riesgo su vida, pero también depresiva, hipocondríaca, tozuda, constante cuando se propone una meta y tremendamente intolerante en ciertas cuestiones relativas a la educación, aunque con el paso del tiempo sus posturas se irán suavizando. Su tendencia a las crisis anímicas la lleva a devorar galletas de mantequilla con fruición y aumentar desaforadamente de peso, algo que no parece preocuparla. Aunque ama a su esposo, su cuerpo no está enamorado de él, así que acaba forzando el celibato con el pretexto de que no parece posible que tengan más descendencia. La rebeldía de su nieta Irene la acabará uniendo más a su hija Renate, aunque las tres son los vértices de un mismo triángulo.

Donde en realidad me hubiera gustado vivir era en el frente. Había anunciado mis intenciones de irme allí en 1917. [...] Mi madre lloraba en silencio, de aquella manera suya que siempre había admirado, asegurándose de que los contornos de su cara no se alterasen; sin duda practicaba delante de un espejo. Una mujer no debía estar en el frente, me dijeron, y menos aún una mujer joven, en especial una mujer joven tozuda e imprudente. Deshice el equipaje y saqué los sombreros de las cajas, preparé un bolsito con una muda de ropa y me escabullí por la puerta de atrás. Mis padres no fueron la única autoridad que desobedecí. He observado que te sientes más viva cuando arriesgas la vida, y la mía la arriesgué con veinte años...

RENATE DISCHE. Tan determinada como su madre, es muy inteligente y llegará a convertirse en una reputada científica. Estudió Medicina y, aunque deseaba ser cirujana, siendo madre de dos hijos no consiguió un puesto en esa especialidad, así que se especializó en patología, campo en el que su padre había fracasado, y aceptó un trabajo en la morgue de Nueva York como forense. Para desgracia de su madre, físicamente se parece a su padre: morena de nariz grande y, eso sí, con sus mismos bonitos ojos oscuros. De cuerpo atlético y dura como una piedra, Renate no parece tener miedo a nada. Derrocha un talento extraordinario para la música —es una pianista excelente— y para el dibujo, pero su modestia casi enfermiza no le permite alardear de sus dotes. Su estilo de vida bohemio en nada se parece al que ha llevado su madre. Tampoco se parece a ella en lo relativo al sexo, del que gusta disfrutar con sus amantes. Tiene dos hijos fruto de su matrimonio con el doctor Dische, veinticinco años mayor que ella: Carl e Irene, que se convertirá en su aliada, hasta que llegue la hora de su liberación.

Renate demostró ser mucho peor que yo, porque tenía un cúmulo desbordante de talentos: en exceso, todo es malo. Con cinco años ya nos distraía con su inteligencia, su don para dibujar y para cantar cualquier canción con sólo oírla una vez. ¿Y no era más llamativo aún que nunca tramara nada bueno? Perdí incontables ocasiones de enderezarla. Todavía puedo oírla entrando en casa a hurtadillas.

IRENE DISCHE. La responsable de la escritura de esta novela, más por ser ella quien insiste a su abuela para que cuente historias del pasado que por su espíritu indomable. Su rebeldía, visible desde su nacimiento, hace que su biografía sea desbordante, cargada de inconformismo, una necesidad imperiosa de encontrar su lugar en el mundo —lo que la lleva a recorrerlo— y su paso por diferentes centros educativos: cursó estudios de clavicémbalo en Salzburgo, Antropología en la Universidad de Harvard, que abandonó por la Literatura, y previamente su labor en Kenia con el paleontólogo Louis Leakey. Pese a este desenfreno vital, Irene pasa también por momentos de un miedo exacerbado que poco encajan con la imagen de una mujer capaz de vagar por el mundo sola y cargada con poco o ningún equipaje.

Ese período de la vida de Irene causaría algunos de los peores momentos de la mía. No sólo porque me oponía a su comportamiento disoluto: también lo envidiaba. He dicho que mi nieta, criada en la morgue, era realista como todas las Gierlich, pero esa etiqueta no se ajusta del todo a ninguna de nosotras. Soy demasiado idealista para considerarme realista en sentido estricto. Asimismo, mi hija Renate confía excesivamente en los demás para llamarla realista. Y en cuanto a mi nieta, la realidad que le sirvieron a lo largo de los años le había dado una perspectiva distorsionada.

DE LA ALEMANIA PRENAZI AL *AMERICAN WAY OF LIFE*: UN RECORRIDO POR LA HISTORIA DEL SIGLO XX

Hace falta una mano firme, como la de Elisabeth, que acabe ordenando una historia, con sus muchas décadas y acontecimientos, como si fuera un mosaico en el que todo encaja para que podamos contemplar el dibujo final. Es innegable la originalidad con la que muchos episodios históricos y los cambios sociales se introducen en la narración con tan sólo una frase, una luz que ilumina de pronto un panorama complejo.

Encontré el abrigo de cachemira perfecto para mí, pero decidí que le faltaba un fino ribete de visón en el cuello para protegerme las orejas, así que tuve que volver el jueves para encargarlo. El viernes me compré una butaca reclinable, para sustituir la maltrecha poltrona de Carl en el salón. Salió un pelín cara, pero la comodidad es importante, y el sillón reclinable fue una compra excelente, porque estaba rebajado. El sábado volví a por dos sombreros negros,

incluido un sombrero casquete como el que llevaba la afligida primera dama. Y el domingo descansé.

Un sombrero, una salvación, una conversación que se queda a medias o una pregunta formulada a destiempo son algunos de los elementos con los que la autora juega para marcar ese recorrido que comienza en la Alemania prenazi y se extiende hasta los años noventa. Un camino vital, íntimo y familiar que se ve salpicado de manera inevitable por lo que sucede en ese mundo que habitan.

Dividida en cinco partes, cada una anuncia un cambio global de escenario, aunque la narración avance y retroceda por el tiempo a gusto de la narradora, tal como funciona la mente de quien recuerda su vida: I) de la seguridad a la persecución en Alemania, II) el sueño americano, III) la viudez de Elisabeth Rother y su *American way of life*, IV) la época *hippie* de Irene/Yankee y los mo-

vimientos socioculturales y V) la muerte de la narradora y redención final.

La *Kristallnacht* o «Noche de los cristales rotos», el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el ataque a Pearl Harbor, la huida de Willy Brandt durante la guerra y su posterior elección como canciller de la RFA, el huracán Donna, la muerte de Juan XXIII y la de John F. Kennedy, el amor libre y el movimiento *hippie*, el Black Power y el nacimiento del partido Panteras Negras, la guerra de Vietnam y las protestas durante la Convención Demócrata de 1968, la llegada a la Luna, la Revolución del 1 de septiembre en Libia, el conflicto palestino israelí, la guerra de liberación de Eritrea... Todo pasa ante los ojos de la protagonista, que con una sola pincelada es capaz de introducirlos en su historia y trazar un retrato del siglo XX.

El sol que caía sobre Weehawken subió un grado más la temperatura. Liesel prendió un ventilador para mí, y cuando encendí la televisión a la hora señalada, acarreó la banqueta de la cocina hasta el salón para ver «nuestro programa». A ella le gustaba plantar el taburete estrepitosamente detrás de mi sillón reclinable para indicarme la naturaleza temporal de su pasatiempo. Pero ese día, en el preciso instante en que la banqueta de Liesel retumbaba en el suelo, el coronel Gadafi dio una señal y sus hombres atacaron las instituciones del rey Idris con armamento pesado.

La emperatriz Rother nos sienta frente al mundo, de la misma manera que ella se sienta al televisor para descubrir ese nuevo modo de vida que llegó con las segundas residencias, la publicidad y la cultura del endeudamiento; con la novedad, el entretenimiento y los inicios de la hiperinformación; con el nacimiento de estrellas mediáticas como Jackie Gleason o Walter Cronkite, y de series como *Los defensores* o *I Dream of Jeannie* (*Mi bella genio*, en el mercado hispano); con la liberación, el descubrimiento de los cuerpos, el sexo libre y los derechos... Una cultura que vendía la felicidad y el culto al hedonismo frente a la reciente y pasada época oscura. En definitiva, «el *American way of life*».

Compramos un televisor con un marco blanco reluciente. Yo no entendía cómo funcionaba la antena, y enseguida me desilusionaba o perdía los nervios. Una vez más tuve que ceder el mando a Carl, quien decidía qué canal ver, ajustando la antena. Me compré un Studebaker verde y pasamos a ser una familia con dos coches. Teníamos dos nietos, dos coches, una casa en propiedad en un vecindario italiano tranquilo, y, por último, aunque no menos importante, una parcela en el cementerio de nuestra iglesia [...] Compramos una casa de madera en la playa de Chadwick.

EXTRACTOS DE HOMBRES, MUJERES Y SEXO

MATRIARCADO

«Las mujeres de nuestra familia fueron siempre fuertes; los hombres, débiles. Mi padre hacía lo que mi madre le ordenaba, la mayoría de las veces. Cuando me portaba mal, le pedía que me diera una azotaina, y él me arrastraba del pescuezo hasta su gabinete mascullando que iba a darme una lección que no olvidaría. Se desabrochaba el cinturón con tanto aparato que los demás niños, pegando la oreja a la puerta, alcanzaban a oír el chasquido de la hebilla, y entonces gritaba: «¡Uno!», y azotaba el sillón, «¡Dos!», y azotaba el sillón. Cada vez que el cinto restallaba contra el cojín, yo aullaba, y gemía: «¡Seré buena, pero para, por favor!» Con un par de veces era suficiente.»

GUERRA DE SEXOS

«A partir de los setenta, la guerra de los sexos, de pronto, acaba. Tiempos de paz. Hombres y mujeres empiezan a parecerse más; ambos pierden el pelo, y, si viven lo suficiente, los pechos de ellos entran en caída libre, mientras el trasero a ellas se les queda plano como una torta. Nunca vas a estar más cerca del paraíso en la tierra.

A la larga, hombres y mujeres dejan de pedirse lo imposible, se atesoran más las relaciones, no existe la distracción de una carrera. Sólo queda el placer de la compañía. Y si no hay compañía, queda el placer de uno mismo, el más vivo: un bocado de una buena comida, un cielo despejado. Hay que esperar décadas, joven, para que esas cosas mundanas te infundan la alegría verdadera.»

«Detestaba el sexo aún más que yo, porque había tenido que soportarlo mucho más tiempo, años y años. Siempre podía ver el tormento en su postura el día después de haberse entregado a su esposo, el modo de colocar los pies con cuidado, marcando un perímetro de repulsión. El marido era un hombre achaparrado, cargado de hombros y con unas mejillas muy tersas, pero según ella le gustaba darle al asunto. Una vez reconoció que era dado a posturas de lo más extrañas, obligándola a sentarse encima de su miembro, por ejemplo, mientras él yacía cómodamente tumbado, y empezaba a balancearla de atrás hacia delante, como si fuera una niña en un caballito de juguete.»

LIBERACIÓN SEXUAL

«Al final, traicioné mi rechazo férreo a su manera de lidiar con los hombres. Mi voluntad había decaído: pecado de negligencia. En realidad, no. Había comenzado a leer de nuevo la revista

Time, y había acabado por comprender que el sexo era natural. Los animales lo practicaban, pero no por eso era horrendo, sino que era estupendo. Y un día vi claro que había pecado contra Carl, al obligarlo a una abstinencia antinatural.»

AMOR LIBRE

«El cuarto día de su travesía en tren desde Montreal por las infinitas llanuras de Canadá hasta la gran trampa turística de Banff, Bill les habló del amor libre. Los chicos se sintieron particularmente intrigados. Las chicas se tomaron la idea con más reservas. Nadie esperaba esa clase de experiencia educativa cuando se inscribieron a «una vivencia física y mental para adolescentes». Pronto empezaron a poner en práctica aquellas ideas recién adquiridas. Resultó que no era tan fácil. Algunos de los jóvenes ni las captaban, y otros no querían. Bill se reía de los «tortugas». La chica de los pechos grandes compartió la cama con él durante todo el viaje.»

SOBRE LA CUESTIÓN JUDÍA Y LA INMIGRACIÓN

«No hablábamos de política. Aguardábamos a que pasara la tormenta. Los judíos no eran muy populares en ese momento. Socialmente, nunca lo habían sido, y ahora había alguien que pugnaba por formalizar ese rechazo. Era inevitable.»

«Cobraba un sueldo modesto, a pesar de toda la presunta fama que tenía en su campo, pero en la década de 1930 había genios judíos para dar y vender, y Columbia se los quedó a precio de saldo. Debo reconocer eso en su favor: aunque siempre hablaba de dinero, no iba a la caza del dólar. Simplemente se conformaba con un sueldo humilde.»

«Le pidió que lo acompañara a Jordania, al campo de refugiados palestinos donde iba a ayudar a su pueblo. La llevó a uno de esos campos en El Cairo, le mostró la pobreza y la desidia que se ocultaban bajo los kilómetros de techos de chapa, y por primera vez ella descubrió un lugar que nunca jamás querría considerar su hogar. Cuando él culpó a los judíos

de aquel horror, ella decidió que era una situación demasiado compleja para entenderla siquiera. Fue un instante de clarividencia y discreción que no volvería a repetirse en los años sucesivos, cuando expresara opiniones sobre los conflictos de Oriente Próximo, y que, como en una pelea marital, sólo una fuerza superior alcanza a comprender de verdad.»

«Después del campamento de verano nos mudamos a una casa de huéspedes más espaciosa al norte de Manhattan, donde nadie preguntaba si éramos judíos o no: daban por hecho que sí, porque allí todo el mundo era judío. No es que me encantara vivir en esa clase de barrio, pero hay que reconocer que la mayoría de la gente era amable, y todo el mundo hablaba alemán. Se veían muchos negros, yendo de aquí para allá. Es grosero quedarse mirando a alguien embobada. Todos cometimos el pecado de la grosería, hasta que llenamos el cupo y nos acostumbramos a aquellas caras oscuras. La guerra estalló en Europa.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

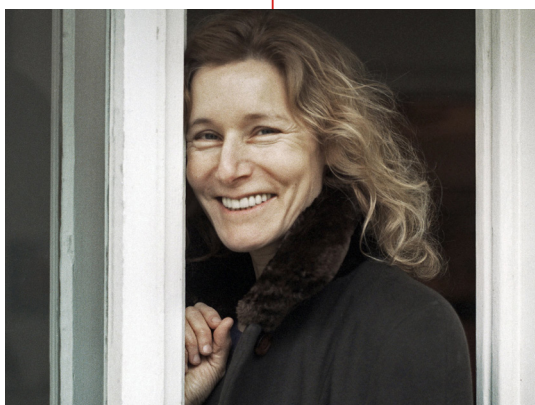
1. *La emperatriz del nuevo mundo* son unas memorias noveladas, una suerte de autobiografía oculta (basta con ver la biografía de su autora para intuir la verdad escondida). ¿Por qué os parece que utiliza el recurso de dar la voz narrativa a su abuela? ¿Qué licencias le permite esto?
2. Elisabeth Rother es un personaje de lo más peculiar. ¿Cómo es su visión del mundo que la rodea? ¿Cómo se comporta como madre y como abuela? ¿Os ha sorprendido algo de su carácter o su actitud? ¿Qué es lo que más os ha gustado de ella?
3. La novela traza un recorrido histórico por diferentes pasajes de nuestra historia más reciente. ¿Cuál es el que más os ha sorprendido y cómo lo ha introducido en la historia?
4. La vida de Elisabeth da varios giros, pero hay dos transiciones absolutamente radicales: la que da al traste con su vida acomodada en Alemania y la de su vida en América. ¿Podrías hablar de ambas? ¿Cuál os parece más drástica? ¿Cuál os ha gustado más y por qué?
5. Pasamos de una época oscura a una luminosa. ¿Cómo se muestra en la novela? ¿Cómo influyó la Segunda Guerra Mundial en esa nueva forma de vida que descubre Elisabeth en América a partir de los años cincuenta? ¿Cómo se refleja el tema de la inmigración?
6. ¿En qué consiste el *American Way of Life*?
7. La novela es también una hermosa carta de amor, un homenaje a los lazos que unen a madres, abuelas e hijas. ¿Recordáis otras novelas en las que se rinda un homenaje similar?

8. Elisabeth, Renate e Irene son los vértices de un triángulo. ¿Qué parte de su carácter las conecta? ¿Son tan diferentes Irene y Renate de Elisabeth?
9. Los hombres en esta novela quedan en cierto modo diluidos por ellas. ¿Por qué? ¿Creéis que tiene algo que ver con la creencia de Elisabeth de que son las mujeres las que conforman la familia? ¿Qué diferencias ves entre los personajes femeninos y los masculinos?
10. En la vida real, los hombres iban al frente, al trabajo... Eran los que salían. Mientras que ellas eran las que se quedaban. ¿Qué os parece ese papel reservado a las mujeres en las guerras mientras ellos iban al frente? ¿Es más duro? ¿Creéis que Elisabeth en el fondo se revela contra ese papel? Y, socialmente, ¿cuándo creéis que empezó la liberación de la mujer y por qué? ¿Cómo se refleja en la novela ese cambio de actitud de ellas? ¿Y cómo lo vemos en Elisabeth?
11. Renate ha estudiado y trabaja, sí, pero ser mujer y madre la penaliza en su carrera. ¿Por qué? ¿Creéis que hoy sigue siendo así, a pesar de los avances sociales en favor de los derechos de las mujeres?
12. Irene es la nieta díscola. ¿Por qué creéis que es tan rebelde? ¿Qué busca con su carácter?
13. *La emperatriz del nuevo mundo* tiene muchos otros personajes interesantes, ¿qué otro os ha llamado la atención?
14. Quizás haya salido tras la anterior pregunta el nombre de Liesel. ¿Cómo es ella? ¿Qué papel juega en la historia?
15. La cuestión judía se aborda en la novela desde diferentes miradas, una es la de Liesel. ¿Podéis identificarlas y hablar sobre cada una de ellas?

16. ¿Por qué pensáis que esta novela ha tenido tanto éxito? ¿Por qué se dice que es una novela de culto?
17. ¿Qué os ha parecido la estructura del libro? ¿Y la forma en que Elisabeth construye ese discurso narrativo?
18. ¿Qué os ha parecido el estilo de la autora?
19. ¿Qué opináis de ese final redentor? ¿Os ha gustado? ¿Cambiarías algo?

LA AUTORA

© Max Lautenschlaeger / VISUM



IRENE DISCHE (Nueva York, 1952), hija de inmigrantes austríaco-germánicos judíos, cursó estudios de clavicémbalo en Salzburgo y Literatura y Antropología en la Universidad de Harvard. Trabajó en Kenia con el paleontólogo Louis Leakey, pero desde muy joven se dedicó a la literatura y el periodismo. Ha publicado en

las revistas *The New Yorker*, *The Nation* y *Transatlantik*. Las novelas y relatos de Irene Dische, que vive entre Berlín y Rhinebeck (Nueva York), han aparecido en veintidós idiomas. *La emperatriz del nuevo mundo*, su obra más famosa, obtuvo una extraordinaria repercusión crítica en Estados Unidos y en varios países europeos.

LA CRÍTICA HA DICHO

«No puede decirse que los narradores egocéntricos e insufribles sean extraños para la ficción contemporánea, pero ayuda si son tan divertidos como grandilocuentes. [...] La voz de la emperatriz réproba es perfecta. [...] Dische ha recreado a su abuela novelada con habilidad y gracia.»

The Boston Globes

Brillante, desconcertantemente divertida, la narradora es todo lo cautivadora que un lector podría desear. Una exploración maravillosa del honor y la identidad, la codicia, el sacrificio y las disputas.»

Newsday

«Una novela encantadora, inteligente, trágica y cómica.»

Die Zeit

